



Fez, sino con facilidad increíble ganó para su familia y descendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la África.

Ninguna nacion hay en el mundo más mudable que la africana, que es la causa por que ningun imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo. Budebusio, que era del linaje de los almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hobiese sido preferido para ser rey de Marruecos (que no era más pariente que él, ni tenía deudo más cercano con los reyes almohades difuntos), se determinó probar ventura si podia salir con aquel imperio; y como le faltasen las demas ayudas, acudió á Jacob, rey de Fez. Prometióle, si le ayudaba, más tierras de las que tenía, y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el rio Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecia ocasion por la discordia de los almohades de apoderarse él de todo el imperio de África, bastante motivo para intentar la nueva guerra; así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda, que no estaba bien arraigado en el imperio, ni tenía fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tambien el reino á su contrario. Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia; y ordinariamente los que en el peligro se mues-

tran más humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado, que el nuevo rey Budebusio daba muestra de querer acometer con las armas la ciudad de Fez.

Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fué que Jacob, ganado que hobo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos; despues desto, como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda África, sacadas dos ciudades, la de Tremecen y la de Túnez. En aquella revuelta dos señores del linaje y secta de los almohades las tomaron y con las fuerzas de su parcialidad, y por caer léjos, así ellos como sus descendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. Deste linaje, sin que faltase la línea, descendió Muleasse, rey de Túnez, aquel que pocos años há echado de su reino, si con justicia ó sin ella no hay para qué tratallo aquí, pero ahuyentado, y que andaba desterrado sin causa y sin ayuda, el emperador Carlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres despues que echó de Túnez con una presteza admirable á Aradieno Barbaroja, gran corsario, por merced de Soliman, emperador de los turcos, y en su nombre señor de aquella ciudad y reino; ocasion, á lo que parecia, para hacer que toda África volviese al señorío de cristianos.

CAPÍTULO X

El rey de Granada y el de Murcia se confederan para hacer guerra á D. Alonso, el cual pide socorros al rey de Aragon, que no se los concede ni se los niega, lo que le irrita en tanto grado, que trata de hacerle guerra.—Los moros se apoderan de muchos pueblos en Murcia y Andalucía.—Garcí Gomez defiende la fortaleza de Jerez con un valor heroico.—Se hacen á la vela desde Barcelona y sufren una recia tempestad, que los arroja á las costas de Francia.—Se celebran en Búrgos con la mayor solemnidad las bodas del principe D. Fernando con la infanta de Francia doña Blanca.—Los ingleses y franceses resuelven pasar á la conquista de la Tierra Santa.—San Luis con sus tres hijos se hace á la vela desde Marsella, desembarca en Túnez y vence en dos batallas á los moros.—Se introduce la peste en el ejército, muere el santo y su hijo Juan, y hecho concierto con los moros, se retiran.

Estos eran los linajes de los moros que estaban apoderados de África. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada; de Murcia Hudiel: pequeñas sus fuerzas, y muy menoscabada la majestad de su Estado, y el uno y el otro eran tributarios de D. Alonso, rey de Castilla. Éstos, cansados de la amistad de los nuestros, y con esperanza del socorro de África, á causa que el nombre de Jacob, rey de Marruecos, comenzaba á cobrar gran fama, trataron entre sí de levantarse. Los que poco ántes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron é hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades, con deseo de hacer mal á otros, se truecan en benevolencia y amor: quejábanse de los agravios que se les hacian, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nacion; que se hallaban reducidos á grande estrechura y á un rincon de España los que poco ántes eran espantosos y bienaventurados; que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputacion; miserable estado, servidum-

bre intolerable estar sujetos á las leyes de aquellos á quien ántes las daban; además que cuidaban no pararian los cristianos hasta tanto que con el odio que los tenían echasen de España las reliquias que de su gente quedaban: menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron á España, lo que ellos ganaron no lo podian sustentar sus descendientes: falta y afrenta notable. Concluian que el linaje de los Merinos nuevamente se despertára en África, y allí prevelecan: que sería á propósito haellos pasar en España, pues ellos solos podian dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdicion, por no estar aún apercebidos de fuerzas bastantes.

El rey D. Alonso, ó por no ignorar estas prácticas é intentos, ó con deseo de desarraigar los moros de todo punto de España, de dia y de noche pensaba cómo volveria á la guerra contra ellos. Pretendia con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos



que rehusaban obedecer, y no se le querian entregar, y era razon sujetallos. Para este efecto el pontífice Máximo Alejandro IV dió la Cruzada, que era indulgencia plenaria para todos los que, tomada la señal de la cruz, fuesen á aquella guerra y la ayudasen á sus expensas. Tratóse con los reyes comarcanos que enviasen socorros, y en particular por sus embajadores pidió al rey de Aragon, con quien tenia más parentesco que con los demas, diese licencia á sus vasallos para tomar las armas y con ellas ayudar intentos tan santos, pues constaba que en la confederacion hecha en Soria poco ántes quedó este punto asentado.

El rey de Aragon, ni precisamente negó lo que se le pedia, ni otorgó con ello absolutamente: sólo sacó desta cuenta á los señores que por sus Estados ó por tirar gajes dél los tenia obligados; pero concedió que así los vasallos destes como los demas del pueblo, si quisiesen, pudiesen tomar para el dicho efecto las armas y alistarse.

Pretendia en esto este príncipe, como viejo y astuto, que los grandes de cuya voluntad no estaba muy asegurado, si pasaban á Castilla, no se apercebiesen de fuerzas y ayudas contra él. Con esta respuesta, el rey D. Alonso se irritó en tanta manera que dejada la guerra de los moros, trataba de emplear sus fuerzas contra Aragon: detúvole de romper el respeto del provecho público, y el deseo que tenia de dar principio á la empresa contra los moros. Con esta determinacion los castillos que en la confederacion de Soria quedó concertado diese para seguridad, y hasta entónces se dilatára, sin embargo por la instancia que sobre ello le hacian, los entregó á D. Alonso Lopez de Haro, para que los tuviese en fieltad le alzó el homenaje, como era necesario, con que estaba obligado á los reyes de Castilla: los castillos eran Cervera, Ágreda, Aguilar, Arnedo, Autol.

Entre tanto que con estas contiendas se pasaba la buena ocasion de comenzar la guerra, los moros, que no ignoraban dónde iban á parar tantos apercebimientos, acordaron ganar por la mano, y se apoderaron del castillo de Murcia, y de otros pueblos por aquella comarca en que tenian puestas guarniciones de cris-

tianos: sobornaron otrosí á los moros de Sevilla, que con engaño ó por fuerza dentro del palacio real matasen al rey. Como este intento se estorbaba, porque los santos patronos de España apartaron tanto mal, ellos con gentes que de todas partes juntaron, por otra parte acometieron las tierras de cristianos con tal denuedo y prisa, que la ciudad de Jerez, Arcos, Béjar, Medina-Sidonia, Roda, Sanlúcar, todos estos pueblos volvieron en un punto á poder de moros. En esta guerra se señaló mucho el esfuerzo y lealtad de Garci Gomez, alcaide de la fortaleza de Jerez, que muertos ó heridos todos los soldados que tenia de guarnicion, no quiso todavía entregar la fortaleza, ni le pudieron persuadir á hacedlo por ningun partido que le ofreciesen, puesto que ninguna esperanza le quedaba de podella defender: hombre señalado y excelente. Los moros, maravillados de tan grande esfuerzo, sin mirar que era enemigo, con deseo que tenian de salvar la vida al que de su voluntad con tanta obstinacion se ofrecia á la muerte, con un garfio de hierro que le echaron, le asieron, y derribado del adarve, con gran diligencia y humanidad le hicieron curar las heridas y le salvaron la vida.

El rey D. Alonso, que era ido á lo más dentro de España con intento de aprestar lo necesario para la guerra, el año siguiente acudió con gentes á aquel peligro. En este viaje, no léjos de las ruinas de Alárco, en una aldea que se llamaba el Pozuelo de San Gil, en un muy buen sitio rodeado de muy fértiles campos y apacibles, por la comodidad del sitio fundó un pueblo bien grande con nombre de Villa-Real: nombre que adelante D. Juan el segundo rey de Castilla, le mudó en el que hoy tiene de Ciudad-Real. Pretendia en esto el rey que por estar este pueblo asentado en la raya del Andalucía sirviese como de un fuerte baluarte para impedir las entradas de los bárbaros, y para que dende los nuestros hiciesen correrías y cabalgadas. De aquel lugar pasó á tierra de moros: con su entrada todos los pueblos y campos por do pasaba fueron trabajados, en especial el año mil doscientos sesenta y tres los moros en todos los lugares padecieron



mucho mal y daños sin cuento. En este año gran número de soldados aventureros acudieron convidados de la franqueza que les prometian, de un tributo que se llamaba martiniega, á tal que con armas y caballo cada un año por espacio de tres meses á su costa siguiesen la guerra y los reales del rey.

Los reyes moros, por entender que no podrían ser bastantes para tan grande avenida de los nuestros, tan gran pujanza y tantos apercebimientos, lo que ántes intentaron y lo tenían acordado, de nuevo y con mayor instancia importunaron al rey de Marruecos para que les ayudase en la guerra. Declaráronle por sus embajadores el riesgo grande en que se hallaban, si no les acudia brevemente. Oyó aquel rey su demanda y otorgó con ellos: envióles mil caballos ligeros de África, los cuales, con cierto motín que levantaron, pusieron en peor estado las cosas de los moros, tanto que Jerez con todos los demas pueblos que ántes se perdieron volvieron á poder del rey D. Alonso. Junto al Puerto de Santa Maria, que los antiguos llamaron puerto de Mnesteo, se edificó un pueblo de aquel nombre, reparados los edificios antiguos, cuyas ruinas y paredones todavía quedaban como rastros de su grandeza y antigüedad. En Toledo otrosí á expensas del rey se edificó la iglesia de Santa Leocadia detras del alcázar.

Concluidas estas cosas, el año de mil y doscientos y sesenta y cuatro volvió el rey á Sevilla: las gentes, porque se llegaba el invierno, parte enviaron á invernar, los más con licencia que les dieron se volvieron á sus casas. La fama, que suele hacer todas las cosas mayores, corria á la sazón, y por dicho de muchos se divulgaba que los enemigos llamaban de África, no ya socorros, sino ejército formado, cuidadosos de la guerra que los fieles les hacian, y con esperanza cierta de reparar su antiguo imperio en España. Estas nuevas y rumores pusieron en grande cuidado á los castellanos y aragoneses, que estaban más cercanos al peligro y eran los primeros en quien descargaría aquella tempestad, y contra quien se enderezaban las fuerzas de los contrarios. El rey D. Alonso, aquejado del recelo desta guerra, fué el primero que convidó al rey D. Jaime de Aragon para que

juntase con él sus fuerzas; que pues el peligro era comun, y aquellas gentes amenazaban á ambas naciones y coronas, era justo que de entrambas partes se acudiese al reparo; que si no le movia el parentesco y amistad, á lo menos le despertase el peligro y afrenta de la religion cristiana.

D. Pedro Yañez, maestre de Calatrava, enviado con esta embajada, en Zaragoza á los siete de Marzo propuso lo que por su rey le fué mandado: llevaba cartas de la reina Doña Violante, en que suplicaba á su padre con grande instancia ayudase á la cristiandad, á ella, que era su hija, y á sus nietos en aquel aprieto. Era cosa muy honrosa al rey D. Jaime, que un rey tan poderoso se adelantase á pedille socorro y á convidalle que hiciesen liga. Las cosas de Aragon no estaban sosegadas, ni sus hijos bastantemente apaciguados en la discordia que entre sí tenian: los grandes del reino, divididos en estas parcialidades, y el pueblo otro que tal de que resultaban latrocinios y libertad para toda suerte de maldades y desafueros tan grandes, que forzó á las ciudades puestas en las montañas de Aragon á ordenar entre sí hermandades para reprimir aquellos insultos, y con nuevas leyes y severas que se ordenaron, hacer rostro al atrevimiento de los hombres facinerosos: la grandeza de los castigos que daban á los culpables hacia que todos escarmentasen. Por cualquier delito, puesto que no muy grande, daban pena de muerte: los pecados ligeros castigaban con azotes ó con otra afrenta, con que los malhechores quedaban castigados y la grandeza de la pena avisaba á los demas que se guardasen de pecar.

Demas de esto las voluntades de los grandes estaban enajenadas del rey: extrañaban mucho que las honras y cargos se daban á hombres extraños ó bajos, que los fueros no se guardaban, ni la autoridad del justicia de Aragon, que está por guarda de su libertad y leyes; que con los tributos, no sólo el pueblo, sino tambien los nobles é hidalgos se hallaban cargados y oprimidos; que ántes sufrirían la muerte que pasar por que les quebrantasen sus fueros y derecho de libertad. Estas eran las quejas comunes; demas desto, cada cual donde le apretaba



el calzado tenía su particular dolor y desabrimiento. Por esta causa, como el rey en Barcelona para juntar dinero pidiese en las Cortes le concediesen el bovático, D. Ramon Folch, vizconde de Cardona, hizo contradicción con grande resolución y porfía: afirmaba que si el rey no mudaba de estilo y desistía de aquellos agravios, no mudaría él de parecer ni se apartaría de aquel intento. Hiciéralo como lo decía, si los otros caballeros no le avisáran que en mala sazón alborotaba la gente; que era mejor aguardar un poco de tiempo que dejar pasar aquella buena coyuntura de ayudar al comun, principalmente que con el ejemplo de los catalanes convenia mover á los aragoneses, gente más determinada y más constante en defender sus libertades.

Tuviéronse Cortes en Zaragoza con el mismo intento de juntar dinero; pero gran parte de los señores y nobleza hicieron contradicción á la voluntad del rey. Fernan Sanchez, hijo del rey, y D. Simon de Urrea, su suegro, fueron los que más se señalaron como caudillos de los alterados. Pasaron tan adelante, que dejadas las Cortes se aliaron entre sí en Alagon contra las pretensiones y fuerzas del rey. La cosa amenazaba guerra y mayores males, si no fuera que personas religiosas se pusieron de por medio para que la diferencia se compusiese por las leyes y tela de juicio, sin que se pasase á las manos y á rompimiento. El mismo rey, fue-se de corazon ó fingidamente, no rehusaba (á lo que decía) emendar todo aquello en que hasta entónce le cargaban: como prudente que era y mañoso, consideraba que la furia de la muchedumbre es á manera de arroyo, cuya creciente al principio es muy brava y arrebatada, pero luego se amansa. Hiciéronse treguas. Señaláronse jueces sobre el caso, que fueron los prelados de Huesca y de Zaragoza, que con su prudencia compusieron aquellos debates; sobre todo, la astucia del rey, que daba la palabra de hacer todo aquello que pretendian, y sobre que aquellos nobles andaban alborotados.

Sosegado el alboroto, se hicieron levas de soldados para comenzar por aquella parte la guerra, año de nuestra salvacion de mil doscientos sesenta y cinco. El rey D. Alonso con

sus gentes entró por las tierras de Granada muy pujante: el rey D. Jaime se encargó de hacer la guerra contra el rey de Murcia. Todo lo hallaron más fácil que pensaban, ca no hallo que de África viniese un gran número de gente señalado: la causa no se sabe, sino que no hay que fiar en los moros ni en sus promesas, que tienen la fe colgada de la fortuna y de lo que sucede. El rey D. Jaime por la parte del reino de Valencia entrado que hobo en las tierras de Castilla, ganó á Villena de los moros, y se lo restituyó á D. Manuel, hermano del rey don Alonso de Castilla, que era yerno suyo, casado con doña Constanza, su hija: despues desto sujetó á Elda, Orcelis y á Elche con otros muchos lugares que por aquella comarca quitó á los moros, parte por fuerza, parte que se le entregaron. Demas desto, pasado el rio de Segura, atajó las vituallas que llevaban los moros á Murcia en dos mil bestias de carga con buena guarda de soldados. En el entretanto, el rey don Alonso no se descuidaba en la guerra contra los moros de Granada, y en hacer todo el mal y daño á los pueblos y campos circunstantes, tanto que los puso en necesidad de pedir á los nuestros se renovase la antigua confederacion.

Los reyes D. Jaime y D. Alonso, para tomar su acuerdo en presencia sobre lo que á la guerra tocaba, de propósito para la comodidad del lugar, se juntaron en la ciudad de Alcaraz. Estuvo presente á estas vistas la reina doña Violante. Detuviéronse algunos dias; y concertado lo que pretendian, y hechas sus avenencias, volvieron á la guerra. Las gentes de Aragon, como apercebidas de todo lo necesario, de Orcelis marcharon la vía de Murcia, y se pusieron sobre ella sobre el mes de Enero del año mil doscientos sesenta y seis. Está aquella ciudad asentada en un llano en comarca muy fresca, por do pasa el rio Segura, y sangrado con acequias, riega así bien los campos como la ciudad, que está en gran parte plantada de morenas, cidros y de naranjos y de toda suerte de agrura, y representa un paraíso en la tierra: en nuestro tiempo, el principal esquilmo y provecho es el que se saca de la seda, fruto de que se sustenta casi toda la ciudad.

Estaba entónce muy pertrechada y fortifi-



cada; no sólo tenían aquellos ciudadanos cuenta con la recreacion, sino se pertrechaban para la guerra, en particular tenían muy buena guarnicion de soldados; así temian ménos al enemigo; por el mismo caso, los aragoneses sospechaban que el cerco duraria largo tiempo. Al principio se hicieron algunas escaramuzas con salidas que hacian los moros, en que siempre los cristianos se aventajaban. No pasó mucho tiempo que los moros, por la buena maña del rey de Aragon, perdida la esperanza de poderse defender, se rindieron á partido y entregaron la ciudad.

Por otra parte, entre el rey D. Alonso y los de Granada, en una junta que tuvieron en Alcalá de Benzaide, se hizo confederacion y concierto debajo destas condiciones: el rey de Granada se aparte de la liga y amistad del rey Hudiel de Murcia; pague en cada un año cincuenta mil ducados, como ántes acostumbraba; al contrario, el rey D. Alonso alce la mano de amparar en su daño los señores moros de Guadix y de Málaga, á tal empero, que el rey moro les otorgue treguas por espacio de un año; al rey de Murcia, si acaso viniese á poder de cristianos, se le haga gracia de la vida. Tomado este asiento, el rey D. Alonso, con deseo de tomar la posesion de la ciudad de Murcia, vuelto ya el rey D. Jaime luego que la rindió á su tierra, se apresuró para ir allá. En este viaje, en el lugar de Santistéban, Hudiel, rey de Murcia, le salió al encuentro, y echado á sus piés, pidió perdon de lo pasado; confesaba su yerro y su locura, que le despeñó en aquellos males; pedia tuviese misericordia de su trabajo y de tantas miserias como eran las en que se hallaba. Por esta manera fué recebido en gracia y perdonado; mas que de allí adelante no fuese ni se llamase rey, y se contentase con las heredades y rentas que le señalaron para sustentar la vida. El nombre de rey se dió á Mahomad, hermano de aquel Abenhut de quien arriba se dijo fué muerto en Almeria. Dejaronle solamente la tercera parte de las rentas reales, y que con lo demas acudiese al fisco real de Castilla. Este fué el remate desta guerra que tenía puesta la gente en gran recelo y cuidado.

En el mismo tiempo que el Andalucía y reino de Murcia estaban encendidos con la guerra contra los moros, lo demas de España gozaba de sosiego, por lo ménos las alteraciones eran de poco momento, cosa de maravilla por la diversidad de principados y la grande libertad de los caballeros y del pueblo. Sólo Gonzalo Yañez Bazan, persona principal entre los navarros, renunciado que hobo por públicas escrituras la naturalidad, como en aquel tiempo se acostumbraba, en la frontera de Aragon con voluntad del rey D. Jaime edificó un castillo llamado Boeta, desde donde trabajaba y hacia daño en los campos comarcanos de Navarra. La pesadumbre que por esta causa recibia aquella gente, se mudó en grande alegría por traer en el mismo tiempo á Navarra para poner entre las demas reliquias de la iglesia mayor de Pamplona una parte no pequeña de la corona de espinas que fué puesta en la cabeza de Cristo, Hijo de Dios. San Luis, rey de Francia, les hizo donacion della; Balduino, emperador de Constantinopla, ya que iba de caida el poder de los franceses en aquel imperio por la falta de dineros que padecia, se la empeñó por cierta cantidad con que le socorrió. Esto le hizo aborrecible á sus ciudadanos por atreverse á privar aquella ciudad de una reliquia y prenda tan grande y tan santa. Esta corona se ve hasta el dia de hoy, y se conserva con gran devocion en París en la capilla santa y real de los reyes de Francia; es á manera de un turbante, y della se tomó la parte que al presente se trajo á Navarra. Esto en España.

De Italia venian nuevas que el año pasado el rey Manfredo fué despojado del reino y de la vida por Carlos, hermano de San Luis, rey de Francia, y que, como vencedor, en su lugar se apoderó de aquellos Estados. Urbano, y despues Clemente IV, pontífices romanos, con esperanza y promesa de dalle aquel reino, le llamaron á Italia, y llegado que fué á Roma, le coronaron por rey de Sicilia y de Nápoles. La batalla, que fué brava y famosa, se dió cerca de Benevento, con que el poder y riquezas de los normandos, que tantos años florecieron en aquellas partes, quedaron por tierra. Concertó el nuevo rey y obligóse de pagar cada un año